

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

¿Fueron felices los cuarenta?

CRISTINA PERI ROSSI

HACE frío esta mañana en Barcelona, mientras espero que aparezca aquella audaz muchacha judía, nacida hace ya cincuenta años en un barrio suntuoso de Nueva York, que compartió, en el furor de los años cuarenta que terminaban, las inquietudes, los desvelos, las esperanzas y las alegrías de los intelectuales españoles exiliados en París. No es la única norteamericana que ha escrito sobre España, pero sus libros —se anuncia la traducción de otro: *Noche*, que narra, en ese género que combina las memorias con la estructura novelesca, el último decenio de vida española— están despojados, tanto de intencionalidad política partidista como de esa visión superficial y viajera que tanto escritor ha cedido a escribir. Son memorias, sí, pero que revelan al país a través de un estilo inconfundiblemente norteamericano, siendo, al mismo tiempo, el testimonio de una generación. Y el lector experimenta confianza hacia esta observadora audaz, hacia esa forma de la intrepidez que consiste en pensar sin esquemas, amar en libertad, vivir sin fórmulas preestablecidas. Que contempla a España con rigor, lucidez y cariño, con espíritu científico, pero el corazón repleto de ternura. No en balde se enamoró de Paco Benet y enhebra estos recuerdos con alegría, porque fueron, para bien y para mal, *Los felices cuarenta*.

Noche es el título —asegura que no simbólico— del libro que en inglés se tituló *Spain*. Porque los cuarenta han pasado para todos.

—A pesar de que tu libro recrea una época apasionante —esos felices cuarenta que para muchos se han convertido en el paraíso perdido—, y sin olvidar la ironía implícita en el título, creo que se trata de unas memorias muy singulares, pues no participan de esa especie de España mítica y folklórica que tantos norteamericanos —incluso He-

A Barbara Probst Solomon (neoyorquina, de cincuenta años, especializada en el tema de España) le acaban de otorgar el premio Master, por su novela *Los felices cuarenta*, editada en 1978 por Selx-Barral. El premio le correspondió en la categoría Testimonio. Barbara Probst ha pasado largas temporadas en nuestro país; su libro narra el episodio más espectacular de su primer viaje a España: su participación en la fuga de Nicolás Sánchez Albornoz y Manolo Lamana del campo de trabajo de Cuelgamuros, en 1948. El 29 de julio de ese año, en El Pardo, hubo Consejo de Ministros. En él, el ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, solicitó a Franco el indulto para Nicolás Sánchez Albornoz, en nombre del embajador del Perú, amigo de Claudio Sánchez Albornoz, el conocido historiador, padre del prisionero. Franco negó la petición. Dos días después, Nicolás y su amigo conseguían huir de Cuelgamuros, en un Peugeot ocupado por Paco Benet —hermano del escritor Juan Benet, y fundador de la revista de la resistencia "Península", órgano de la oposición exiliada no comunista—, Barbara Mailer —hermana del novelista norteamericano— y la joven Barbara Probst Solomon. Se cuenta que la ira del Caudillo fue mayúscula.

mingway— contribuyeron a difundir. ¿Cómo evitaste ese peligro?

—Me salvó mi "background". Mi familia era judía, poseíamos dinero, y mi formación correspondió a una clase liberal, intelectual, cosmopolita.

Durante mi infancia y adolescencia estuve en contacto con los numerosos artistas, escritores, profesionales que habían huido de Alemania y de Europa a causa del nazismo. Tenían la edad de mis padres, y eran gente de talento; entre ellos se encontraba

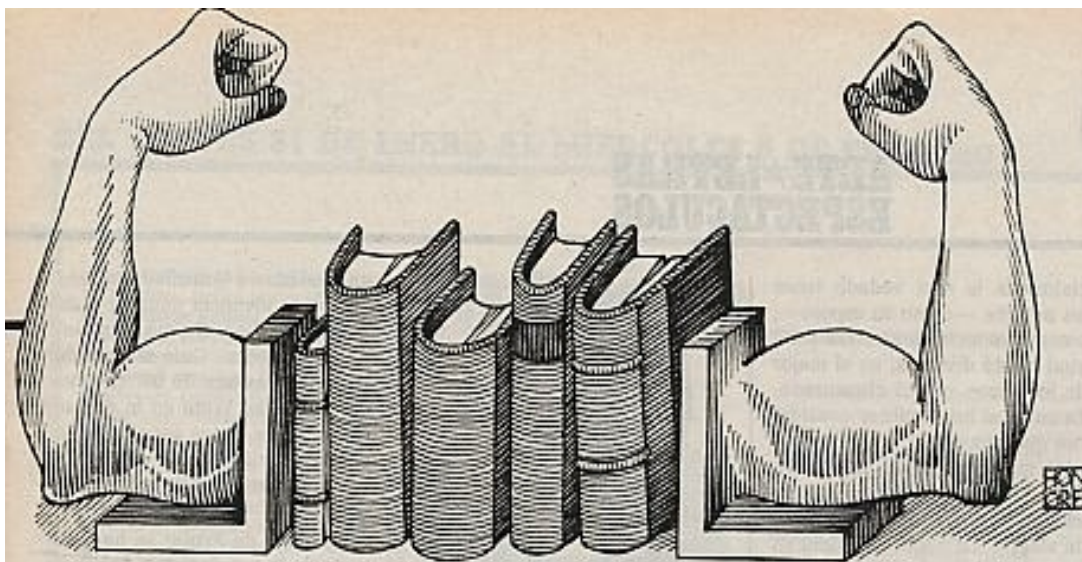
Einstein, por ejemplo. También había algunos españoles. Recuerdo haber sido compañera de estudios de una sobrina de García Lorca. Por lo tanto, me crié en una atmósfera europea. Admiraba a Proust, a Flaubert, a Pushkin, a Turgueniev. Aprendí ruso, porque quería leerlos en su lengua original. Cuando terminó la guerra, tuve deseos de conocer personalmente esa especie de patria cultural en la que me había criado. Entonces decidí viajar a Francia. Allí entré en contacto con los filósofos y escritores franceses, con Norman Mailer (que por entonces estaba escribiendo *Los desnudos y los muertos*) y con la oposición española en el exilio. Fue natural que nos conociéramos y que me sintiera entusiasmada por sus luchas. Teníamos una formación semejante, intereses e ideales comunes. Al vivir con ellos era imposible que me forjara el mito folklórico de la España turística, de la España de los toros y los gitanos. El grupo con el que me sentí más integrada fue con el de Paco Benet y José Martínez, que intentaban hacer un trabajo revolucionario y cultural al mismo tiempo. Los intelectuales españoles exiliados en Francia tenían una cultura muy amplia; muchos de ellos no eran políticos, en el sentido estricto del término, sino que se interesaban por las ciencias, por las artes; estudiaban antropología, lingüística, sociología. A diferencia de Hemingway, a mí me interesó escribir la historia de los intelectuales españoles en el exilio parisiense, la de mi clase.

—También has evitado el otro mito: el del héroe. Tu libro tiene la cuota necesaria de humor, levedad e ironía como para no caer en ninguno de los fáciles símbolos de la resistencia.

—He querido contar que entonces éramos jóvenes y vivíamos de esa manera. Es posible que hubiera una cuota alta de romanticismo, pero no de mística, y tampoco de mito. Existía la po-



Barbara Probst Solomon



sibilidad de que cualquiera de nosotros se convirtiera en un pequeño héroe; teníamos la juventud necesaria y el desafío. Pero fuimos conscientes de que no podíamos caer en esa trampa, de que no podíamos convertirnos ni en mártires ni en símbolos. He tenido el mismo cuidado al escribir el libro. En primer lugar, ha transcurrido mucho tiempo; mi intención, por lo demás, no ha sido enjuiciar a los buenos y a los malos —a lo Semprún—, sino testimoniar una época, un período, también una evolución. No hay que olvidar que el subtítulo es *Una educación sentimental*.

—¿Qué opinión te merecen los libros que otros norteamericanos han escrito sobre España?

—Creo que pocos se apartan de esa visión mítica, la España de los toreros (no me gusta mu-

cho ese espectáculo), de los cojones, de la fiesta popular; aprecio a Lilian Hellman, sí; pero no precisamente por sus apuntes sobre España. Tampoco en los que se sirvieron del otro mito, del mito del obrero bueno. El libro que más me gusta es muy poco conocido; yo lo encontré en una pequeña biblioteca de California; lo escribió Jenny Ballou y se centra sobre la España del veintinueve; es una suerte de visión de los problemas de la República, de sus debilidades y virtudes. Pero ha sido muy difícil luchar contra esa imagen superficial y pintoresca de España. Incluso yo tuve dificultades en el periodismo, porque cuando los directores de alguna revista o de algún diario me pedían un artículo, siempre pretendían que yo diera una imagen típica; querían el cliché con-

vencional, con sol, sangre y el clave).

—*La Noche, en cambio, se refiere a la España del posfranquismo. Tú, como observadora, ¿qué describes de este período?*

—A partir de la muerte de Franco creo que se ha establecido una situación bastante ambigua. Es natural que existieran muchas expectativas, muchas ansiedades, muchos anhelos insatisfechos que la muerte de Franco exaltó. Pero luego de ese período, de esa confianza mágica o de ese alivio que significaba (aunque sea a nivel psicológico) su desaparición física, se ha entrado en lo que podíamos llamar la normalidad. Y la normalidad es aburrida. Por eso resulta lógico ese desencanto, esa especie de desilusión que tantos han señalado. Yo pienso que el problema

más importante consiste en saber cómo asimilar el pasado, qué hacer con esos cuarenta años. Hay un riesgo que consiste en no poder abandonarlo, no poder salir de él. Tampoco es posible negarlo, ignorarlo. Pienso que a veces los españoles son un poco duros consigo mismos, que les cuesta encontrar el equilibrio, porque la carga del franquismo es pesada y no hay que esperar milagros. Como observadora, he notado que existe una mala comprensión, o insuficiente, entre los exiliados que regresan y los españoles que han permanecido en el país durante este período. Eso forma parte indudable del problema anterior. Una sociedad que no sabe qué hacer con sus exiliados es que no ha resuelto su pasado.

—*En realidad, yo te diría que falta una propuesta social y política en cuanto a la integración de los exiliados que regresan, tanto por parte del Gobierno como por los partidos políticos.*

—Siento que los exiliados molestan. Se los quiere ignorar, se los margina como si representaran alguna clase de culpa. En este sentido, recuerdo que Max Schur, un psicoanalista que fue médico de Freud, señalaba que los procesos de Nuremberg habían sido fundamentales no tanto para responsabilizar a los culpables, sino para reivindicar a las víctimas. Los que han sufrido persecución, los que han sido humillados, los exiliados, necesitan esa reivindicación como forma de identidad, de lo contrario, se producen graves trastornos de personalidad por la particular sensación de que se ha luchado en vano, de que ya no se pertenece a ningún país. Todos los especialistas que han estudiado los problemas de los exiliados coinciden en que muchas de sus enfermedades provienen de la falta de integración que sienten al regresar. Yo que he pertenecido a comités de solidaridad con los exiliados españoles, observé una cosa muy significativa: dos años después de la muerte de Franco, los aportes económicos, las ayudas provenían de ciudadanos de otros países, y sólo cuando les advertí acerca de esto a amigos o conocidos españoles se obtuvo su solidaridad.

LARRA/UMBRAL, O VICEVERSA

FRANCISCO Umbral, que se inició en la literatura con un libro sobre Larra, publica ahora una "Antología fugaz" del escritor (1).

¿Qué o quién es Larra para su antiguo biógrafo? Antes que cualquier otra cosa, un pretexto para la autobiografía. Alguien (muchos, todos) dijo (dijeron) que la biografía no es más que autobiografía. Ahí Flaubert con su "Madame Bovary soy yo". Y hasta Dios, que, según fuentes bien informadas, responde a Moisés en el Sinaí: "Yo soy el que soy". Un escritor siempre es el que es; es decir, el que existe por sí mismo, el que cuenta su propia vida. Por eso resulta errónea la expresión "Umbral es el Larra de hoy". Y no lo es. Nadie lo es. Umbral es Umbral. Y nunca podrá ser otra cosa, porque ha encontrado su voz.

Pero no por todo esto su Larra es mentira. Visto así, a través del biógrafo o antólogo (¡qué palabra tan horrible!), resulta más verdad, menos muerto e incluso vivo. Porque al pobre Larra no le han dejado de matar desde que él mismo decidiera quitarse de en medio una tarde de febrero de 1837. Pongamos por caso: Zorrilla. Si Larra llega a resucitar en su entierro, se muere del susto con los endecasílabos del pre-Tenorio. Y no digamos nada de tanto larrólogo, que lo ha tratado como si fuera un otorrinolaringólogo.

Este Larra de Umbral está más lleno de adivinaciones y transferencias/transparencias que de erudiciones (demasiadas le cayeron). Y más que

un espejo a lo largo del camino de Larra (un corto camino que no llegó a treinta años), es una mirada en el espejo del otro para intentar ver lo que hay detrás de la cara de uno.

Larra fue algo padre del 98 y algo abuelo de todo periodista. El fue también hijo de muchos padres. Porque el escritor es siempre un hijo de puta (aunque su madre sea una santa y madre no hay más que una y etcétera). Sus padres, no siempre conocidos, son muchos y diversos, y a todos se los ha comido, los ha digerido, para empezar luego a comerse a sí mismo. El Larra de Umbral está en Villarroel, en Voltaire, en Quevedo. Voltaire le da "la paradoja, el cientifismo (casi siempre ingenuo), el anticlericalismo, el liberalismo, el suave satanismo". Quevedo, el estilo. Torres Villarroel, el modelo, porque "es el primer escritor que habla de sí mismo en prosa continua y descaradamente". Es decir, Torres es ya un ejemplo de autofagia, de autocanibalismo.

Larra, "el primer espíritu moderno de nuestra cultura", se miró en el espejo de los demás y al no poder resolver sus múltiples desdoblamientos acabó por mirarse en el suyo y se pegó un tiro. Umbral, no. Umbral está ya detrás del espejo. Más allá de la frontera del desencanto. ■ V. M. R.

(1) "Mariano José de Larra. Antología fugaz". Prólogo y selección de Francisco Umbral. Alianza Editorial. "El libro de bolsillo", número 737. 224 páginas. Cubierta de Daniel Gü.

—¿Cómo explicabas, entonces, que tu libro, que, en definitiva, es una historia acerca de los exiliados españoles, haya tenido éxito?

—¡Ah!, pero yo soy una observadora de afuera, no despierto sospechas. Nadie va a tener mala conciencia. El desprecio, la ignorancia o la subestimación de los exiliados proviene de un oscuro sentimiento de culpa. Durante las dictaduras —y mucho más en una que duró cuarenta años— casi todo el mundo siente que tiene algo que reprocharse. La presencia, la convivencia con el exiliado parece agudizar esas faltas sutiles, sacarlas a la luz. Por eso el exiliado es incómodo. Yo no lo soy. Yo soy la escritora norteamericana que vivió una interesante aventura y que puede hablar con entusiasmo de los españoles que conoció en París. Sólo los acerco en las páginas de un libro que puede leerse como una audaz aventura.

—A veces te has referido al machismo español. ¿Observas alguna diferencia en el curso de estos años?

—Sí. Antes, era menor. Me refiero, claro está, a la generación de la República. Los españoles que conocí participaban de una cultura europea, proclamaban la igualdad y estaban influidos, claro está, por los filósofos de vanguardia, como Sartre, Camus, Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir. Cuando la izquierda española ha tenido más vida real, después de los cuarenta años de clandestinidad, ha demostrado que en ese tema, conserva todavía los residuos del franquismo. Recuerdo una conversación que tuve con Claudín, no hace mucho tiempo. El sostenía que la sociedad norteamericana es muy cruel. Yo creo que la española lo es mucho con las mujeres, y también la izquierda. Claudín —a quien quiero mucho, por otra parte— sostenía que el marido protege a la esposa, porque aún cuando su vida sexual ya no funcione o no sea satisfactoria, no se separa de ella. Yo creo que los hombres en España consideran que hay dos clases de mujeres: la esposa y la querida. Es una actitud esquizofrénica y muy católica. Los roles están fijos y el hombre mantiene una actitud paternalista hacia la mujer. Esa esposa que tiene un marido al que prácticamente no ve y con el que no se acuesta, sólo posee, en realidad, un símbolo. A la vez, so-

cialmente le está vedado tener un amante —como su esposo—, o sea, que su vida afectiva y sexual o está dividida, en el mejor de los casos, o está clausurada. Es como si los hombres consideran que una mujer que se ha casado no puede atraer ya a nadie más. Pienso que las condena de este modo a la soledad, a la falta de alegría. La mujer española vive muy aislada, la falta el apoyo de otras mujeres. Vive en un coto cerrado, el del hogar, que la limita y la inhibe. En este sentido me parece que la izquierda todavía no ha revisado muchas actitudes heredadas del pasado.

—Y ya que estamos hablando de esas otras mujeres, las que tienen vida propia, ¿cuáles son las escritoras que más te interesan?

—Posiblemente, mi respuesta te sorprenda. Me gusta mucho Doris Lessing, y también Mary McCarthy. Ha habido una tradición de escritoras frágiles, neuróticas (pienso en Flannery O'Connor, en Virginia Woolf, en Carson McCullers), geniales y patéticas al mismo tiempo. Pero Doris Lessing ha aportado algo así como la normalidad a la literatura de las mujeres; sus protagonistas son inteligentes, sensibles, pero nada débiles; de este modo, los intereses, los problemas, las inquietudes de un vastísimo conjunto de criaturas reales han entrado en la novela. La mujer de clase media puede sentirse identificada con esos personajes y se combate el mito de las escritoras como locas o putas geniales. ■ C. P. R.

Una aproximación a Canarias

SOBRE las islas Canarias se han abatido en los últimos años verdaderos vendavales de amarillismo y de petulancia neocolonialista. Durante larguísimo tiempo olvidadas de la opinión pública española, y acuñadas además en una estúpida leyenda de islas Afortunadas, las Canarias se han visto de pronto —desde la desafortunada descolonización del Sahara— convertidas en tema de moda, en materia para "periodismo de vanguardia". No ha habido rotativo español que



Juan José Armas Marcelo



Luis Alemany

se precie que no haya mandado allá al especialista de turno en temas de catastrofismo tercermundista. El resultado no ha podido ser más desorientador para todos, en términos generales y con las debidas (y nobles) excepciones que confirman la regla. Al cargarse las tintas sobre aspectos anecdóticos o tremendistas, la cruda problemática canaria ha quedado totalmente desdibujada, sin sus perfiles propios. Tras padecer durante tantos años el planteamiento colonialista que se desprendía del centralismo —situación que se agravó durante el franquismo—, ahora nos toca a los canarios padecer un colonialismo culturalista politizado del revés, un "abertzalismo" adaptado a las tibias latitudes del Atlántico Central e inducido desde nuestras fraternas "nacionalidades" ibéricas.

Por lo que antecede, es muy de agradecer y de aplaudir el acierto que ha tenido Sedmay Ediciones al editar una "Guía secreta de Canarias", redactada por dos excelentes escritores canarios (Juancho de Armas Marcelo y Luis Alemany), que saben —con

una sabiduría entrañada en una auténtica vivencia canaria— de lo que escriben. No me cabe duda de que esta "Guía secreta de Canarias" es una de las mejores de esta serie, tanto en lo que se refiere a los datos genuinos que conforman la crónica como a la buena literatura con que está escrita.

Juancho de Armas se ha ocupado de la provincia de Las Palmas y Luis Alemany de la de Santa Cruz de Tenerife. Dos escritores distintos al servicio de una descripción personalizada de los dos grandes arcos climatológicos y anímicos de las Canarias, que tanto se diferencian según los acaricien o no los benéficos vientos alisios, el gran don natural que desde América nos acarrea amorosa y pasionalmente la corriente del golfo, la Gulf Stream.

Las Palmas tiene su cronista exacto en Juancho de Armas —apasionado, barroco, excelente escritor (ahí está su reciente "Calima"), personalista quizá hasta lo excesivo en sus filias y en sus bofias—. Armas Marcelo es el develador implacable de la quincallería nacionalista, que él, —con razón— identifica con el caciquismo de las élites criollas más unas gotas añadidas de prisa y corriendo de indigenismo de ocasión. Pero no se ve en la escritura de Juancho de Armas una crónica política. Es demasiado inteligente y conoce muy bien Canarias para caer ahora en la pobreza reduccionista de un politicismo desarraigado e inoportuno. En el fondo, Juancho de Armas es un hombre de sangre caliente que sabe avizorar los legítimos y resplandecientes goces de la vida. Su conocimiento de la más genuina cocina canaria, de sus vinos y de sus broncos aguardientes, del genuino tipismo canario (señero y entrañable), de los parajes insulares una y otra vez sabiamente recorridos de copa en copa, de fiesta en fiesta, de meditación cósmica en arrebato lírico, hacen del texto de Juancho de Armas una escritura polivalente, que sirve para la jerga, para la reflexión insularista con vocación ecuménica (lo más lejano de un chato provincianismo) y para el estudio sociológico directo sin mayores florituras teóricas. Y sobre todo de guía para el lector que quiera conocer de veras Canarias.

Luis Alemany resume en su